

# PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

Notas para un balance

Inflación electoral desbordada

**E**l segmento opositor político mexicano aparece hoy, como en la literatura clásica, "tras de cornudo apaleado". No sólo le arrebató el avasallador aparato político oficial casi toda presencia en los órganos legislativos, sino que se ceban sobre él acusaciones de pereza, de ineficacia, de irresponsabilidad. Y si bien la disidencia no ha de negarse a practicar la autocrítica que le

haga saber el monto y la localización de sus deficiencias, ha de tener la sensatez de impedir la autodenigración y el reparto de culpas a diestro y siniestro, dentro de sus propias agrupaciones, puesto que es, sobre todo, víctima aunque no en la medida que se le quiere hacer sentir.

No pertenecer a ningún partido permite al autor de esta columna examinar los saldos que está dejando el proceso electoral con suficiente distancia para no caer en el catastrofismo. Por supuesto que es un desastre la vuelta del carro completo y del monopartido omnipotente, que no elude el uso de cualquier medio para dominar las posiciones legislativas, con fines que es preciso esclarecer. Pero ese resultado proviene de maquinaciones que la oposición padece y no provoca. No se trata de exculpar las verdaderas insuficiencias del movimiento opositor, pero sí de contribuir a que la derrota electoral no se transforme además en pasmo que prolongue los efectos de un acontecimiento específico más allá de sus propios límites temporales.

Una suma de indicaciones obliga a poner en salmuera la afirmación de que el PRI se benefició de una recuperación sorprendente. No es imposible que el partido del poder saque fuerza de sus repentinas flaquezas. En términos municipales así ha ocurrido una y otra vez: casi nunca pudo la oposición retener por más de un periodo un ayuntamiento, pues cada derrota encendía una luz roja en el PRI que era prontamente atendida, de un modo o de otro. En consecuencia, si se comprueba de modo fehaciente que el electorado resolvió entender esta modesta elección intermedia como un referéndum para dejar a salvo una política presidencial que no enfrentaba ningún obstáculo real, juro que estoy dispuesto a creerlo. Pero en este momento hay más razones para pensar que se infló la votación total y la correspondiente al PRI y algunos de sus partidos satélites, que para atender sin más a las cifras que con morosidad extraña han venido fluyendo.

Es posible que ni este ni otros intentos por explicar el mecanismo que condujo a esa hinchazón electoral consiga probarla y fijar la responsabilidad de su autoría. Es posible, por consiguiente, que tampoco los partidos independientes estén en situación de formular acusaciones específicas y de lograr la anulación de votaciones en casillas o en distritos completos, y acaso mucho menos sea posible que las gubernaturas de Guanajuato y San Luis Potosí se diriman en las instancias judicial-electoral administradas por el mismo poder que practicó, estimuló o permitió la ilegalidad. Pero si aceptamos la lógica de la dificultad de la prueba, caemos en el terreno del cinismo en que sólo valen la sagacidad y la habilidad del delincuente para actuar sin dejar huella, o para que no pueda serle atribuida la que aparezca.

Los preparativos de la elección ocurrieron de modo tal que nadie puede considerar transparente el proceso. Todavía en este momento no se ha dictado el veredicto sobre la naturaleza del padrón electoral. La comisión verificadora no pudo emitir su resolución antes del 18 de agosto y llegamos por consecuen-



Panistas y navistas durante su campaña para invitar al mitin que se realizará hoy, en la Plaza Fundadores de San Luis Potosí ■ Foto: Fabrizio León

cia a esa fecha con un instrumento en entredicho. Que no era capciosa ni vana la duda sobre esa delicada herramienta electoral lo probaron no sólo las innumerables noticias sobre ciudadanos excluidos de la credencialización sino, el domingo pasado mismo, las informaciones sobre errores y deformaciones, no cuantificados y acaso incuantificables pero denotativos de un estilo, que concluyeron en vedar a miles de ciudadanos el ejercicio del sufragio.

La jornada electoral fue pródiga en irregularidades. Es imposible enlistarlas todas aquí, porque ni siquiera los partidos con todo y su capacidad de vigilancia pudieron detectarlas por entero. Y de nuevo, no se les achaque ese defecto, porque los recursos que el aparato oficial dispuso para el engaño superaron toda aptitud escrutadora. Conózcase, sólo a guisa de ejemplo, lo sucedido en la colonia del Valle, en pleno corazón de la ciudad de México, donde las elecciones fueron rigurosamente vigiladas. Y sin embargo allí, en el distrito 16, hubo *tacos*.

No nos referimos, por supuesto, a los que expenden en *Los Ovnis*, en *Los cocoteros* o en cualquiera de las taquerías que en los confines de Xola, División del Norte, Gabriel Mancera, etcétera, componen una suculenta gastronomía urbana. No: estamos hablando de una práctica que parecía reservada a poblados lejanos, faltos de vigilancia opositora. Como se sabe, los *tacos* son montoncitos de papeletas que un votante lleva consigo o recibe en la mesa electoral y que deposita para abultar un resultado en violación del principio a cada hombre un voto. Representantes del PRD descubrieron la maquinación y la probaron. En el cómputo distrital efectuado el miércoles 21, pidieron abrir el paquete de la casilla 5b, porque allí había, según sus cuentas, 29 papeletas de más, es decir, 589 (sumando las inutilizadas y las marcadas en favor de partidos) en vez de 560 que fueron recibidas según consta en el acta de instalación de la casilla. El consejo distrital accedió a abrir el paquete de la votación de diputados y en efecto ese sobrante exacto apareció y fue contado puntualmente. Lo mismo ocurrió en la casilla 5c: se efectuó la denuncia, referida en este caso a 18 boletas de más, se abrió el paquete y salieron a relucir esas boletas adicionales. La historia hubiera podido continuar, pero el consejo distrital se

avisó e impidió que se abrieran más paquetes, aunque la situación había sido detectada en muchas casillas más, hasta llegar al 61 por ciento del total.

A esta exposición de hechos se puede oponer una doble objeción. Una, el tamaño y los efectos de la maniobra. Son, en efecto, *poquitos* los votos así agregados y no alcanzan a ser determinantes del resultado de la elección, aunque sí influyen en la cuantía total de los sufragios y en los apantallantes porcentajes en que las autoridades electorales insistieron desde que en la madrugada del lunes 19 dieron a conocer menos del tres por ciento de las mesas. Pero el dato, probado en este caso sin lugar a dudas, arroja luz sobre el procedimiento que se puso muy probablemente en práctica en escalas variables —en la elección local de Guanajuato y la de San Luis es claro que así ocurrió—. Lo que vale es su carácter ilustrativo. Y no se reproche candor a la oposición cuyos representantes no se percataron de que se les estaban metiendo goles: el priísmo utilizó técnicas de distracción como, por ejemplo, llevar a las casillas a notarios que certificaran si los gafetes de dichos representantes eran o no mayores que los estipulados por la ley. Sólo al revisar en qué momento pudieron ser introducidos los *tacos* a las urnas, los personeros partidarios advirtieron el sentido de las aparentemente absurdas y quisquillosas intervenciones de los representantes priístas.

La maquinación priísta se orientó a asegurar los triunfos en aquellas zonas donde el voto había sido adverso o se acercaba a la peligrosidad, y donde además la personalidad de los candidatos lo permitiera. Nadie hubiera convencido a Julieta Guevara, que casi duplicó en el primer distrito de Hidalgo la votación en favor de su partido, de realizar trampas, y las habría impedido si manos extrañas pretendieran practicarlas, por su ética y porque no había necesidad de ellas. Pero en cambio, la candidata Paloma Villaseñor, en el mencionado distrito 16, personalmente llamaba a los funcionarios de casilla para garantizarse que las cosas marchaban como había previsto desde su experiencia de operadora electoral priísta, antaño en diversas entidades y actualmente en el propio comité priísta en el Distrito Federal. Como resultado de estas maniobras, el PRI tendrá una amplia, holgada mayoría que tal vez llegue, como lo anticipamos

aquí hace una semana recogiendo información del propio partido, a 310 curules, que con las del partido ecologista y las del *ferrocarril*, entregan al gobierno, y específicamente al presidente Salinas, una Cámara dispuesta a todo, incluso a las reformas constitucionales que no forman parte de un programa por el cual se votara pero que sean necesarias para el proyecto del grupo gobernante. Se obró así sobre los resultados, ya que no podía operarse sobre las preferencias electorales de manera masiva.

De allí que estemos ante la paradoja de una votación opositora muy semejante, y en algunos segmentos superior a la obtenida con anterioridad, que no consiguió sin embargo transformarse en curules. En efecto, en 1988 Acción Nacional, llevado a remolque de ese poderoso tractor que fue Manuel J. Clouthier, alcanzó tres millones doscientos mil votos. El crecimiento del padrón de entonces a ahora resultaría matizado por el carácter intermedio de esta elección, por lo que una votación de semejante nivel sería satisfactoria en cuanto a presencia entre los votantes (no en cuanto a eficacia traducida en asientos parlamentarios) y no sólo es del mismo rango, sino que excederá los cuatro millones de votos en las elecciones de diputados. Tendrá además 97 curules, sólo 4 menos que hoy.

Lo mismo, y con mayor énfasis, puede predicarse del Partido de la Revolución Democrática. Es pura propaganda hablar de la caída estrepitosa de su influencia pública. Es la primera vez que ese partido actúa en elecciones federales. Si se quisieran cotejar sus cifras de hoy con las del cardenismo de 1988 habría que introducir tantos ajustes y matices que la comparación sería estéril. Para que pueda tener algún fruto, conviene recordar que el PRD fue causahabiente del registro del Partido Mexicano Socialista, y que éste, con otros muchos afluentes pero ninguno con su organicidad, fue el eje para la formación del nuevo partido. Pues bien, el PMS recibió en 1988 751 mil votos. Antes, en 1979, el PCM ganó 684 mil votos, el 4.86 por ciento de la votación; en 1982, el PSUM llegó a 905 mil sufragios (4.37) y en 1985 bajó al 3.21 por ciento, con 575 mil votantes. La cifra ahora será de más de dos millones, más del ciento por ciento por encima de la mayor jamás conseguida por los partidos con los que tiene liga formal de precedencia. Un partido debutante que llega con 38 diputados no tiene que echarse a llorar.

¿Se trata entonces de un extraño juego en que todos ganan? No. Habrá que insistir en la indagación que conduzca a saber si, como suponemos, el PRI infló la votación —y cómo lo hizo— en su provecho, para controlar el Congreso sin necesidad de exigentes alianzas. La oposición, aunque no haya quedado anulada en su base sociológica como quiere hacerle creer la propaganda, no puede pasar por alto esta mezcla de nuevos y antiguos procedimientos fraudulentos en su contra. Y ni siquiera los priístas deben admitirla, especialmente aquellos que ganaron a pulso sus posiciones, y que deben sin embargo compartir con sus correligionarios el riesgo, nada remoto, de que esta sea una victoria como las de Pirro sobre los romanos, conseguidas a tan alto precio que resultaron en realidad derrotas.